La literatura juvenil y el lector joven

Kiko Ruiz Huici
Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Es mi intención, al escribir el presente artículo, atraer la atención sobre algunos aspectos que me parecen interesantes en el panorama, cada vez más amplio, de la reflexión general sobre la literatura juvenil. Comienzo haciendo algunas consideraciones teóricas en torno a los conceptos de literatura juvenil y del canon literario de esta literatura, y sigo con algunos comentarios acerca de la lectura y los jóvenes. Por último, expongo algunas conclusiones sobre el mundo de la literatura juvenil que me han parecido interesantes.

Palabras clave: *Literatura juvenil, canon literario, jóvenes, lectura.*

The purpose of the present paper is to draw readers' attention to some interesting aspects of the increasing panorama of general reflection on children's literature. First, I make some theoretical considerations about the concepts children's literature and the literary canon of this kind of literature. Then, I make some remarks on reading and young people and finally, I expound some conclusions about the world of children´s literature that I found interesting.

Key words: *Children's literature, literary canon, young people, reading.*

Artikulu honek, egun, gazte literaturari buruz egiten ari diren gogoeten alderdi batzuetaz ohartaraztea du helburu. Gazte literaturaz eta literatura honen kanon literarioaz zenbait pentsaketa egiteaz gain, gazteen irakurzaletasunaz hitz egiten da. Azkenik, gazte literaturari buruzko interesgarriak iruditzen zaizkidan konklusio batzuk azaltzen dira.

Hitz gakoak: *Gazte literatura, kanon literarioa, gazteak, irakurmena.*

EL CONCEPTO DE “LITERATURA JUVENIL” Y SU DEFINICIÓN COMO GÉNERO LITERARIO

La impresión general que se tiene al tratar el tema de la literatura juvenil (LJ) es que, de unos años a esta parte, el “estado de la cuestión” se encuentra en plena efervescencia, rebasada la fase inicial de estudios y análisis en torno a su existencia como género literario con entidad propia. Es decir, se ha superado en gran medida la cuestión de si existe o no la literatura juvenil y se considera de forma generalizada que esta literatura, en efecto, existe. Lo demuestra, como apuntábamos más arriba, la multitud de títulos y colecciones presentes en el actual mercado editorial y que se orientan a lo que hoy se llama lector pre-adolescente y adolescente o, si se prefiere, lector juvenil. A todas estas publicaciones juveniles actuales, creaciones de autor dirigidas a un lector joven, -casi siempre narraciones-, habría que sumar las obras que tradicionalmente han leído los jóvenes y que todos conocemos como “clásicos juveniles”.

También es cierto que la mayor parte de los estudios y análisis sobre el tema adjetivan la literatura juvenil - y nos referimos aquí a la literatura juvenil actual- como una literatura de no muy buena calidad, “una literatura de estilo indefinible y de una inequívoca mediocridad” en opinión de Victoria Fernández. “La mayoría de estas obras juveniles”, apunta esta misma autora, “no resisten una comparación seria con la narrativa para adultos; es más, ni siquiera merecerían la atención de los editores por su escaso interés y calidad literaria” (Fernández, 1995, p. 5).

Si desde el punto de vista del mercado editorial parece más que evidente la existencia de hecho de la literatura juvenil, desde el punto de vista literario, el término de literatura juvenil entraña no pocos problemas de índole conceptual. Es, en palabras de Juan Cervera (1991, p. 251) , un término de “difícil deslinde”. Por ello, nos parece oportuno comenzar por algunas aclaraciones.

El principal obstáculo con el que nos encontramos al hablar de literatura juvenil (LJ) es el de diferenciarla de la literatura infantil (LI), puesto que a menudo ambas literaturas se han solido integrar bajo la denominación global de literatura infantil y juvenil (LIJ), (algún autor, por ejemplo Enzo Petrini, ha utilizado el término de literatura juvenil para abarcar también la infantil). Tal vez el carácter transitorio, breve y, en muchos casos, inaprehensible, que desde el punto de vista psicoevolutivo ofrecen la adolescencia y la juventud como edad de paso desde la infancia a la madurez, haya complicado aún más una definición satisfactoria de la literatura juvenil, desde la perspectiva concreta del receptor literario.

Pueden servirnos de aclaración algunas observaciones que Juan Cervera hace en este sentido:

> “Resulta socorrido decir que entre la infancia y la juventud se sitúa la adolescencia como puerta de la juventud y etapa inicial de la misma. Pero la adolescencia empieza con los cambios corporales y puberales o la anticipación de los mismos y termina con la entrada en el mundo del adulto” (op.cit., p. 252).

Queda claro que la adolescencia y la juventud conforman ante todo una fase psicoevolutiva de transición que conduce al niño a la edad adulta.

Un poco más adelante, este mismo autor describe así el período adolescente y juvenil:

> "Rasgos característicos son la maduración sexual con implicaciones psicofisiológicas y psicoafectivas, la inestabilidad emocional e incluso la hipersensibilidad, la aparición del pensamiento abstracto y del razonamiento dialéctico, y el interés por la observación de sí mismo. Este período a menudo va acompañado de frustraciones y de esfuerzos por descubrir la propia identidad y hasta el sentido de la vida. La rebeldía suele ser consecuencia de la confusa situación y del deseo de autoafirmación" (op.cit. p. 252).

La literatura que puede responder a las exigencias de esta etapa madurativa es en opinión de Juan Cervera muy difícil de aprehender:

> "La respuesta literaria al momento no es uniforme ni satisfactoria. Acusa cada vez más el asistematismo y la problematicidad de la literatura. Por una parte, el mundo de la adolescencia sigue gravitando sobre el joven en marcha ascendente, y, por otra, el mundo adulto, cada vez más próximo y definitivo, atrae como meta" (op.cit. p. 252).

En definitiva, la literatura juvenil se enfrenta al arduo problema de cómo orientarse a un receptor potencial, el joven o el adolescente, que por definición es transitorio y huidizo. Determinar los temas y el tratamiento que de esos temas se debe hacer, de manera que sean "recibidos" satisfactoriamente por el lector juvenil es, hoy por hoy, una cuestión a la que creadores, editoriales y estudiosos del tema dedican tiempo y esfuerzo, pero al que no han dado una solución definitiva.

Es muy posible, y es una opinión estrictamente personal, que intereses de mercado más o menos inconfesados (el público juvenil, dado el progresivo envejecimiento poblacional, es actualmente mayor que el infantil), unidos al peso creciente de la investigación psicológica y pedagógica en el ámbito de la infancia y de la juventud, - unos y otros, intereses y factores extraliterarios-, estén forzando ciertos intentos de orientación que pueden desembocar, por exceso, en una literatura monótonamente dirigida, abusivamente adaptada al receptor joven, y que todo ésto vaya en detrimento de lo que en esencia define la obra y la creación literaria: primero, la presencia de los rasgos estéticos y literarios, la literariedad, inherente a todo producto literario y, segundo, la libertad creadora, la espontaneidad del mismo proceso de creación. Ambos aspectos, literariedad y libertad creadora, pueden quedar mermados por este afán extraliterario de escribir, prácticamente, "a la carta".

Pensamos que, al contrario de lo que ocurre con la literatura infantil, donde los condicionamientos que impone el receptor-niño son insoslayables y exigen una más que necesaria gradación y adaptación de las lecturas y de las obras literarias, la literatura juvenil, exceptuando cierta modulación en el tratamiento de los temas en las obras para lectores específicamente adolescentes, no debería, en principio, someterse en exceso a unos imperativos lectores, los del lector joven, un tanto difusos y en líneas generales coincidentes, si no de hecho, sí en un inmediato futuro, con las del lector adulto.

En otras palabras, sin pretender negar la legitimidad y la existencia de una literatura llamada juvenil (cuando con este término aludimos sobre todo a un receptor adolescente), estimamos que es el lector joven el que debe acomodarse progresivamente a la lectura literaria adulta y no a la inversa.

LA CALIDAD Y EL CANON LITERARIO DE LA LITERATURA JUVENIL

La cuestión de la "calidad literaria" de la literatura para jóvenes aparece como uno de los temas más cuestionados, cosa que ocurría y ocurre también con la literatura infantil, si bien el tema del "canon literario" de la literatura para niños ha sido tratado con más amplitud y provisionalmente resuelto con más acierto que en el caso de la literatura para jóvenes.

Mi opinión, y me refiero ahora a la literatura en general, es que resulta extremadamente complejo, por no decir imposible, establecer cómo debe ser una obra literaria, qué "ingredientes" ha de tener esa obra, si se me permite la imagen gastronómica, para que podamos afirmar que es una obra que posee "calidad literaria". No hay más que revisar la multiplicidad de opiniones, enfoques y planteamientos que al respecto nos ofrece la historia de la crítica literaria para darnos cuenta de que ninguno de ellos ha sido capaz de elaborar una respuesta totalizadora.

La estilística, desde las propuestas ya clásicas de autores como Croce, Vossler, Spitzer, Alonso..., y la crítica textual a partir de conceptos como el de la literariedad establecido por el formalismo ruso (Jakobson, Tomashevskji, Eichembaum, Propp...) o la crítica inmanente del texto literario establecido por el new criticism (Ranson, Tate, Brooks, Welleck...) han intentado aportar algo desde el análisis de la materia expresiva, del estilo, del uso de los recursos lingüísticos y literarios presentes en una obra literaria y ahora podemos diferenciar una obra literaria de otra que no lo es, pero sigue siendo problemático discriminar los factores textuales o de estilo por los cuales pudiéramos afirmar que una obra literaria tiene más calidad que otra.

Efectivamente, el criterio estilístico y textual, con ser un elemento de indiscutible valor para explicar la esencia de lo literario, no es suficiente por sí solo para establecer de manera objetiva la "cualificación" literaria o estética de una obra determinada. El gusto y las preferencias estéticas, así como la capacitación o el enfoque hermenéutico del receptor literario, son condicionantes que aportan, una carga de subjetividad imposible de evitar y que aumenta si ese receptor es un lector joven, relativamente poco experimentado o competente en la valoración de textos literarios. Es muy excepcional que las lecturas que "funcionan" entre los jóvenes, y hablamos de lecturas espontáneas, no obligadas, "funcionen" por su calidad literaria, por su excelencia estilística. Ningún joven que en su día leyó las Historias del Kronen, sin querer desmerecer en absoluto otras virtudes de esta obra , lo hizo por la excelencia del estilo, ni recomendó su lectura a otros jóvenes por su riqueza léxica, ni por la armonía o profundidad de sus párrafos. Estos y otros criterios parecidos de valoración y captación de la obra literaria sirven sólo para los profesores o para los críticos literarios, pero dejan más bien "frío" al lector joven. Como dice Moreno, refiriéndose a cómo recibe el lector joven una obra literaria, "La literatura considerada como simple sede de la belleza no posee fuerza penetrativa" (Moreno, 1985, p. 97). Y esto, sin duda, es especialmente cierto,- y conviene remarcarlo-, en el caso del lector joven.

En la misma dirección, Olaziregi, a partir de sus propias investigaciones realizadas entre lectores jóvenes, en los años 1990 y 1994, asegura que cuando los jóve-

nes se deciden por una lectura determinada, no lo hacen tomando en consideración criterios estético-literarios; ni siquiera aceptan las sugerencias y opiniones, a priori más autorizadas, de lectores competentes como pueden ser sus profesores: “El aspecto exterior y la opinión de los profesores era lo que menos se valoraba a la hora de elegir un libro” (Olaziregi, 1998, p. 10).

Pero, además, la estilística y la crítica textual han tendido tradicionalmente a negar la existencia de la literatura infantil y juvenil como géneros literarios diferenciados y sólo ha distinguido lo literario de lo que no lo es. De lo contrario, habría tenido que enfrentarse a la difícil tarea de definir en qué consiste la literariedad de la literatura juvenil, qué rasgos textuales confieren cualidad y calidad literaria a una obra escrita para jóvenes.

Desde una óptica estructuralista, tampoco se pueden olvidar las aportaciones de aquellos estudiosos (Todorov, Propp, Greimas...) que han intentado encontrar una “gramática general” del texto literario. Este enfoque ha sido especiamente fecundo en el análisis de obras infantiles y populares (piénsese en los trabajos de Propp acerca del cuento popular), pero tampoco ha llegado a configurar un modelo interpretativo que abarque la totalidad del fenómeno literario.

Mi impresión es que los criterios estilísticos y textuales, así como los de índole estructural, no son suficientes para abordar con exhaustividad toda la amplia problemática de la literatura juvenil, sobre todo si aceptamos el principio de que entre las apetencias y prioridades lectoras del joven, no figuran las de orden estrictamente estético. Necesitaremos, sin duda, la suma de más ángulos de visión para aproximarnos a este complejo mundo de la literatura para jóvenes.

Las últimas aportaciones de la crítica literaria provienen, como es sabido, de la “estética de la recepción” (Iser, Jauss, Fish, Riffaterre, Culler...), corriente que concede al lector el papel protagonista. Esta corriente crítica se centra en la manera en que un lector recibe , recrea, interpreta e interioriza, a través de la actividad lectora, una determinada obra literaria. Coincidimos plenemente con Colomer cuando afirma que

> “...la consecuencia más importante e inmediata de los cambios de la teoría literaria en los estudios de literatura infantil y juvenil ha sido la reflexión sobre el lector. Así, si los estudios psicoanalíticos habían iniciado la consideración psicológica sobre la recepción de los cuentos, a finales de los setenta fue la consideración literaria de la recepción la que será abordada por diversos autores” (Colomer, 1998, p. 83).

Las derivaciones y aplicaciones de la estética de la recepción al campo de la literatura infantil han dado resultados incuestionables al conectar toda la problemática y complejidad del fenómeno literario con el “lector-niño”, y con las implicaciones psicopedagógicas que de aquí se derivan, sin el cual casi nada podría decirse acerca de la literatura infantil. La adecuación de la literatura infantil a las necesidades y exigencias afectivas y lúdicas del niño, la adaptación textual a la capacidad y a las preferencias del lector infantil, son cuestiones a las que se les concede vital importancia en el mundo de la literatura infantil, y esto se debe, como ya hemos apuntado, a la fusión interdisciplinar que la estética de la recepción provocó entre las disciplinas crítico-literarias y la psicología cognitiva y evolutiva y la pedagogía.

Autores como Holland o Bleich, pueden ser claros ejemplos de esta fusión de la estética de la recepción con el componente psicológico del lector.

En definitiva, la inclusión y el estudio del receptor infantil, considerado desde la perspectiva de la estética de la recepción y desde la psicopedagogía, ha sido el elemento clave que ha orientado la mayoría de las actuales investigaciones sobre LI y que ha ayudado a los creadores a orientar sus obras de manera más adecuada a ese destinatario infantil al que se dirigen.

Pero esta incorporación del receptor literario en el campo de la literatura para jóvenes es todavía una cuestión pendiente o comparativamente poco desarrollada, si tomamos como referencia el mundo de la literatura infantil. Investigadores y creadores tendrán que conocer todo lo necesario sobre la compleja psicología del adolescente, si los primeros quieren llegar a una definición cabal de la literatura juvenil, y los segundos a la producción de obras juveniles que conecten con ese lector.

De la combinación del punto de vista textual, conducente al establecimiento de unos mínimos requisitos estéticos y literarios que otorguen calidad a la obra literaria, con el punto de vista y las expectativas del receptor adolescente, la literatura juvenil podría alcanzar, en teoría, unos más definidos perfiles como género literario.

Con todo, nos vemos obligados a reiterar que la adecuación de las obras literarias juveniles, está justificada, al menos desde un punto de vista psicoevolutivo, cuando el receptor es un lector adolescente, no tanto cuando aludimos a un lector joven. Para este último, nos parece aconsejable una literatura menos dirigida, menos adaptada, más cercana a los cánones literarios de la literatura para adultos.

Tampoco queremos dejar de apuntar alguna contradicción, a veces poco señalada, en la discusión en torno a los conceptos de la adecuación y de la calidad literaria. Sería una ingenuidad pensar que defender una literatura adaptada para el lector adolescente es sinónimo de conseguir una literatura juvenil de calidad. Es más, esta adaptación ha llevado en más de una ocasión, y casi siempre por exceso, a una literatura de dudosa calidad, como apuntábamos al comienzo de este artículo. Esto es algo que puede constatarse también en el mundo de la literatura para niños. Por todo ello, conviene matizar y atemperar el término adecuación que, a pesar de ser un factor a tener en cuenta, cuando hablamos de literatura para adolescentes, puede conducir a unas creaciones, como se viene denunciando, de poca calidad literaria.

Por último, tampoco se puede caer en el exceso esteticista de anteponer el criterio de la calidad literaria por encima de todo. Si somos realistas, deberemos reconocer que el lector adolescente, y aún el joven, es un lector que no busca en sus lecturas el componente estético. Los elementos estético-literarios, muy probablemente porque el adolescente y el joven carecen todavía de una formación y de una competencia literaria completa, dejan a este lector más bien indiferente.

Las obras que lee un lector joven de manera espontánea, es decir, las obras que lee al margen de las lecturas obligadas que se proponen en los ambientes escolares, demuestran ésto que decimos. Las lecturas que realmente “enganchan” al lector joven, casi siempre se alejan de los cánones estéticos de la Literatura con mayúsculas, lo cual viene a demostrar, y lo subrayamos una vez más-, que ni el compo-

nente estético, ni la calidad literaria figuran entre los misteriosos resortes por los que un joven decide leer un texto determinado. No sería descabellado afirmar que, al margen de otras posibles causas, las inclinaciones y preferencias lectoras del joven y del adolescente, dado el momento psicoevolutivo en que se encuentran, obedecen a necesidades éticas y emocionales, más que a móviles estético-literarios.

Todo esto nos conduce a una conclusión bastante evidente, y a la vez al paradójica, que no deberíamos perder de vista: las obras literarias reputadas como obras con calidad literaria pueden ser no muy aconsejables desde el punto de vista de la animación lectora de los jóvenes, pero, en sentido inverso, los criterios de elección y las expectativas lectoras del lector joven por sí solas no aseguran el acceso a una literatura de calidad, aunque sea una literatura de éxito comercial. Habrá que encontrar un camino intermedio entre ambos polos, de manera que acerquemos progresivamente las apetencias lectoras del joven a una literatura de calidad. Ese camino no puede ser otro que el de crear lectores competentes desde el punto de vista literario.

EL LECTOR JOVEN

Debemos comenzar por tener en cuenta la franja de edad a la que nos referimos cuando hablamos de lector joven. Como es obvio, hablamos de un lector "intermedio", un lector que ha rebasado la etapa infantil (6-12 años) y que todavía no se encuentra en la fase del lector adulto (18 años en adelante). Aludimos específicamente a un lector adolescente, suficientemente estudiado por la psicología, cuya edad va desde los 13 a los 17-18 años. Es un lector al que las editoriales, por evidentes razones de mercado, han identificado hace tiempo, pero muchas veces al margen de una mínima caracterización literaria, fuera de la meramente comercial.

Parcialmente en contra (y sólo parcialmente en contra) de lo que aseguran algunos autores que afirman que es en estas edades cuando se pueden producir las "primeras rupturas" definitivas con la lectura, Olaziregi resume los resultados de un reciente estudio suyo sobre los jóvenes y la lectura. Entre las conclusiones a las que llega, me gustaría destacar al menos estas tres: en primer lugar,

" Hablar de lectura en España conlleva, la mayoría de las veces, subrayar el bajo índice de lectura que en la actualidad tenemos respecto a Europa"; en segundo lugar, "Según afirmaciones que han sido reiteradamente contrastadas en todos los estudios sociológicos sobre la lectura, los jóvenes son los que con más frecuencia leen. El índice de lectura es muy alto entre los 16 y 24 años y decrece, de forma manifiesta, a partir de los 40.; por último, "... la finalización de la Enseñanza Secundaria Obligatoria incide negativamente en el hábito lector de muchos adolescentes" (Olaziregi, op. cit. pp. 7-12).

A nuestro juicio, cualquier aproximación al mundo de la LJ, ya sea desde el punto de vista editorial, ya desde el punto de vista formativo o estrictamente literario, debería partir de una premisa básica a saber: el destinatario de esa literatura -asumiendo todas las salvedades que se quieran hacer- es una persona a la que le gusta leer y que además lee con cierta frecuencia.

No pretendemos establecer el perfil del lector juvenil tipo o ideal,entre otras razones porque no estamos de acuerdo con que este lector ideal exista más que como pura abstracción. Coincidimos plenamente con Moreno cuando se pregunta lo siguiente:

> "Y cuando hablamos de lector juvenil, ¿de qué lector estamos hablando? La mayoría de los analistas parecen hablar de un lector universal, homogéneo y uniforme, cuando lo cierto es que dicho lector es una entelequia" (Moreno, 1995, p. 34).

Aún así, y admitiendo el riesgo de caer en ciertas inexactitudes y simplificaciones, me parece oportuno introducir alguna pequeña matización en torno a este lector joven al que venimos refiriéndonos.

En contra de la opinión de Nobile (1992), que se muestra partidario de la expresión "literatura infantil y juvenil" para englobar sin mayores precisiones a la literatura dirigida al "sujeto en formación", pensamos que no es igual un lector de 13 años, es decir, un lector cuya etapa psicoevolutiva se encuentra en la "primera adolescencia", que un lector de 17-18 años que se encuentra en la segunda fase de la adolescencia y cuyo estadio de maduración, superada la pubertad, está más avanzado y se define por otras necesidades interiores y por otras maneras de entender la realidad. La distancia entre uno y otro es más grande de lo que pudiera parecer a simple vista.

Para el primero, el lector adolescente , nos parece justificada una literatura adaptada , orientada a las capacidades y a las necesidades psicológicas y hasta estéticas, que este estadio psicoevolutivo parece imponer con bastante evidencia. Es aquí donde resultaría pertinente pensar en una literatura adaptada a partir de los géneros literarios más clásicamente juveniles (aventura, fantasía, misterio o terror, ciencia ficción, ...), o de los últimos géneros literarios que muy recientemente se proponen como literatura para jóvenes (psicoliteratura, realismo idealizado...).

Para el lector joven , en cambio, proponemos una literatura "a secas", sin más aditivo que la calidad literaria y que no renuncie a las cualidades de orden estético que esa calidad pueda exigir. Muy al contrario, insistimos en lo mismo que decíamos al principio de este artículo: mejoremos la capacitación lectora, la competencia literaria de ese lector joven. No fabriquemos, a base de renuncias y simplificaciones, una literatura a la medida del joven; capacitemos al joven para leer literatura. Uno de los mayores errores en los que puede incurrir la literatura juvenil es en el exceso de adecuación, hasta el punto de provocar el rechazo del lector joven al que teóricamente se orienta.

Por otra parte, deberíamos ser conscientes de que cuando se habla de lector joven se alude a un lector de transición, un lector puente entre el lector infantil y el lector adulto, y que además no se trata, como hemos apuntado más arriba, de un lector completamente homogéneo ni uniforme, sino que presenta en el seno de esa misma fase de lectura juvenil al menos dos etapas distintas: una etapa de lectura adolescente y una etapa de lectura juvenil.

A partir de aquí deberemos admitir que las lecturas destinadas al lector adolescente tienen que ser distintas de las lecturas infantiles, aunque en algún caso sirvan todavía, pero, a su vez, deberán diferir de las lecturas del lector joven. Mi opi-

nión es que estamos obligados a marcar con total nitidez una frontera interior entre ambos lectores (el adolescente y el joven) y a afinar mucho más el criterio de selección de obras para ambos, puesto que las que valen en un caso, casi con toda seguridad, no funcionarán en el otro. Uno y otro lector pueden rechazar una lectura determinada por ser excesivamente infantil o por ser excesivamente madura.

A nuestro juicio aludir a la literatura juvenil, sin hacer esta elemental discriminación interna puede inducirnos a errores también bastante elementales pero sumamente graves, sobre todo en el momento de proponer unas lecturas u otras.

Por si todo esto fuera poco, el perfil de este lector joven (seríamos más precisos si dijeramos lector adolescente) es, desde el punto de vista psicológico, un perfil extremadamente complejo y fugaz y ésto complica aún más la elección de las lecturas. Como señala Rodriguez Almodóvar, refiriéndose al adolescente,

> "... cuando los adultos finalmente admitimos que son adolescentes, lo normal es que ya hayan dejado de serlo" (Rodriguez Almodóvar, 1994, p.19).

A pesar de todo ésto, las actuales colecciones juveniles, en opinión de Teixidor, no asumen las variables básicas que hemos apuntado anteriormente y la oferta editorial para jóvenes es bastante caótica.

> "La anarquía denunciada y la falta de criterios se producen en muchas colecciones que simultanéan títulos de autores clásicos convertidos en obras destinadas a los jóvenes por su cercanía con el género blanco o a otros géneros populares, como el de aventuras o detectives, con autores como Jack London o Herman Melville, junto a aportaciones recientes que son sólo un sucedáneo insatisfactorio, con el agravante de que a veces se trata de la enésima y edulcorada o simplificada versión de un tema ya existente en obras de más calado literario y moral" (Teixidor, 1995, p. 12).

Una de las tareas importantes, y todavía pendientes de realizar en el mundo de la LJ, es organizar algo más esa "anarquía" , preparando una oferta de libros juveniles más acorde con las necesidades y gustos del lector adolescente (que no joven), tal como se ha hecho en el caso de las lecturas infantiles. Es un compromiso que deben asumir las editoriales y que los autores de literatura juvenil deben interiorizar cuando escriben sus obras.

CÓMO ENFOCAR LA LECTURA DE LOS JÓVENES

Una de las principales ocupaciones y preocupaciones de los educadores y de las instituciones educativas en la actualidad, es la de crear hábitos de lectura y lectores competentes entre la población infantil y juvenil. El mundo educativo, impelido por el avance de la psicología cognitiva y evolutiva (desde Piaget hasta Brumer, pasando por Vigotskii), ha subrayado la importancia de la lectura, como no podía ser de otra manera, en el aprendizaje y en el desarrollo cognitivo y madurativo de niños y jóvenes. Digamos que ha sido el interés educativo y pedagógico el que ha atraído con fuerza la atención de los educadores hacia el campo de la lectura infantil y juvenil. La última reforma educativa de la educación primaria y secundaria así parece demostrarlo.

Sin embargo, puede resultar un poco pobre limitar el tema de la lectura y de

la LJ desde una óptica meramente escolar o pedagógica. Este enfoque exclusivamente educativo ha producido importantes avances en el campo de las propuestas didácticas para la formación literaria de niños y de jóvenes, pero en el terreno de la creación literaria infantil y juvenil y en el de la selección de textos ha provocado algún que otro exceso pedagogista que muy recientemente se está denunciando. Vaciar la LIJ en una literatura donde prime ,sobre otras, la intencionalidad pedagógica y formativa puede ser uno de los mayores errores que puedan cometerse. Estamos con Moreno cuando afirma el exceso didactista en que el adulto incurre a menudo, más aún si se trata de un educador:

> "Estoy convencido de que, como adultos y como profesores de Literatura, hemos caído más de una vez en el embozo lastimero de calificar negativamente la literatura del Neoclasicismo por didáctica y utilitarista. Convendría preguntarnos hasta qué punto no somos todos los adultos más neoclásicos que los padres Isla y Feijoo juntos. ¿Hay , acaso, alguna actividad de las que se programen para los jóvenes que no busque su mejora intelectual y su perfección ética y moral?" (Moreno, op.cit, p. 34).

Más bien parece que en la actualidad el tema de la lectura y el de la literatura para jóvenes camina por otros derroteros. Superados, de una parte, el exceso didactista anteriormente apuntado, y, de otra, ciertas maneras tradicionales y obsoletas de acercamiento a la literatura, puede afirmarse que el objetivo que hoy se persigue con más ahínco en el campo de la literatura juvenil es el de formar lectores competentes desde el punto de vista literario. Dicho de otro modo, que los jóvenes logren lo que algunos autores han denominado competencia literaria. La incorporación de técnicas y actividades de animación a la lectura al mundo educativo, a partir de los años setenta en los países de nuestro entorno (sobre todo del mundo anglosajón) y desde la década de los ochenta en nuestro país, así parece demostrarlo. También es cierto que todo este cúmulo de estudios y experiencias en el ámbito de la lectura literaria se ha desarrollado más en el caso de la literatura infantil que en el de la literatura juvenil.

Colomer establece una serie de "principios básicos de actuación" orientados al mundo educativo que conducirían a la formación de ese lector "literariamente" competente y que podrían resumirse en los siguientes:

1. "Hacer experimentar la comunicación literaria"; 2. "Utilizar textos que ofrezcan suficientes elementos de soporte para obtener su significado y que ayuden a la vez a aumentar las capacidades interpretativas del alumnado"; 3." Suscitar la implicación y la respuesta de los lectores"; 4."Construir el significado de manera compartida"; 5."Ayudar a progresar en la capacidad de hacer interpretaciones más complejas"; 6." Prever actividades que favorezcan todas las operaciones implicadas en la lectura"; y 7." Interrelacionar las actividades tanto de recepción como de expresión literarias, y tanto en su forma oral como escrita" (Colomer, 1994, pp. 19-20).

En definitiva, de estas orientaciones básicas podemos extraer los dos pilares desde los que sustentar cualquier aproximación a la LJ: 1. La atención explícita a las expectativas lectoras del lector joven, así como a la calidad literaria de los textos para jóvenes (urge una revisión a fondo de la actual literatura juvenil); y 2. La elaboración de una didáctica de la literatura adecuada. Por supuesto, el objetivo no es otro que crear lectores literariamente competentes o procurar, la terminología es lo

de menos, la educación literaria del joven.

El escritor y periodista Juan Bonilla, en la pequeña reflexión que hace en torno a la literatura juvenil, al final de su última novela escrita para jóvenes en la editorial Planeta, contesta así a la pregunta "¿Qué le parecen los planes de estudio para la Literatura?". Respuesta: "Que son plan para hoy y hambre para mañana, que no tienen que ver con la Literatura tanto como con la Historia de la Literatura, y que cualquier Literatura nacional es antes que nada un proyecto de los políticos que por lo tanto carece de todo interés. Me parece un error obligar a leer el Cantar de Mio Cid a una criatura de 14 años: es la manera más fácil de conseguir que aborrezca la Literatura. La cosa, adémas tiene fácil arreglo" (Bonilla, 1998, pp. 114-115). Dejando de lado cierto "extremismo" en la respuesta, pensamos que es una apreciación cargada de razón.

Uno de los autores destacados en este empeño de enfocar la lectura de niños y jóvenes bajo una didáctica adecuada es Rodríguez Almodóvar, quien constata de manera tajante "el fracaso de los proyectos de animación a la lectura dirigidos a adolescentes" (op.cit., p.16). Las causas de este fracaso se concretan, según este autor, básicamente en dos: 1. Unas estrategias equivocadas de animación a la lectura; y 2. Una inadecuada oferta de "lecturas iniciáticas".

Coincidimos plenamente con estos análisis de la lectura juvenil. Las estrategias y, sobre todo, las propuestas de lectura que se vienen haciendo desde las aulas, se alejan cada vez más peligrosamente de las expectativas y gustos lectores de los jóvenes. Una vez más, la institución educativa, aprisionada por la inercia y por intereses abusivamente formativos y pedagógicos, recorre en sentido inverso el camino de la animación lectora de los jóvenes. Este recorrido ha ido casi siempre desde los principios y objetivos didácticos hacia el joven, cuando debiera haberse orientado justo en sentido inverso: el joven o el adolescente, no son solamente la meta, sino más bien el punto de partida. Sólo así puede corregirse la distorsión enorme en la que incurren maestros y profesores cuando planifican sus propuetas de animación lectora y, sobre todo, cuando elaboran sus ofertas de lectura.

En este sentido, nos parece acertada la observación de Gallego cuando afirma en su reseña de la última novela de F. Benítez Reyes Lo que viene después de lo peor: la gente menuda ya no puede estar dispuesta a tragarse las melífluas historias de Los cinco o las aventuras completamente blancas de Tom Sawyer, siempre que quede a mano un Manga japonés o una película de asesinos en serie (Gallego, 1999). Nótese que la crítica va en este caso dirigida a títulos reconocidos y tradicionalmente incluídos en el género literario de los "clásicos juveniles".

LECTURAS PARA JÓVENES

Da la impresión de que las apetencias lectoras del joven dibujan en la actualidad un circuito lector ajeno al de las instancias educativas. El lector joven lee un libro determinado fundamentalmente porque alguien de su propio círculo social (que no escolar o familiar), normalmente un compañero, un amigo,..., se lo ha recomendado, por la simple y llana razón de que a este último le gustó ese libro cuando lo

leyó. Es así como en la actualidad (quizás fue así siempre) leen los jóvenes, y no aceptarlo sería incurrir en una equivocación manifiesta.

Si los profesores, si los educadores en general, no son capaces de penetrar en este circuito lector juvenil, configurado por la lectura espontánea y compartida de los jóvenes, poco o nada podrán hacer para animar a la lectura o para crear lectores. Seguir recomendando a los "Clásicos" (con mayúscula) de las respectivas literaturas nacionales, mientras los jóvenes leen y se recomiendan unos a otros "best sellers" como El médico (N. Gordon), Los pilares de la tierra (K. Follett), El clan del oso cavernario (J. M. Auel) o Un saco de huesos (S. King), es, lisa y llanamente, no querer ver la realidad.

Abundando en esta misma línea argumental, nos atrevemos a decir que incluso los "clásicos juveniles" (J. Verne, J. London, E. Salgari, M.Twain, H. Melville, R.L. Stevenson...) no tienen en la actualidad tanta presencia en ese circuito juvenil de lectura. Toda esta literatura, denominada por muchos autores "literatura de aventuras", "género blanco" o "novela juvenil", son juzgadas por los jóvenes de hoy como lecturas un poco "infantiles". Y pienso que puede haber algo de verdad en esta apreciación.

Bajo mi punto de vista, los llamados "clásicos juveniles" alcanzan todo su sentido y relevancia como lecturas iniciáticas para el lector adolescente, mientras que pueden resultar un poco "infantiles" para el lector joven que, a partir de los 18 años (aunque no soy amigo de tanta precisión "psicomatemática"), se aproxima muy rápidamente a las apetencias del lector adulto. Títulos como Colmillo blanco (J. London), Las aventuras de Tom Sawyer (M. Twain), Veinte mil leguas de viaje submarino (J. Verne), El corsario negro (E. Salgari) o La isla del tesoro (R. L. Stevenson)... resultan idóneos para ese lector adolescente, pero no tanto para el lector joven que, superada la etapa puberal, entra de pleno en la edad adulta.

Junto a los clásicos de todo tipo, cuyo valor de lectura iniciática (sobre todo para el adolescente) queremos volver a subrayar, han surgido en los últimos años algunas tendencias de literatura para jóvenes que también conviene comentar.

Entre estas últimas tendencias viene imponiéndose un género literario surgido en Alemania y los Países Nórdicos a principios de la presente década que, a partir de planteamientos narrativos de corte realista, afronta temas relacionados con la vida cotidiana de niños y adolescentes. Dentro de esta temática, destacan con especial relieve las obras que abordan problemas vitales y afectivos, conflictos emocionales que el niño, el adolescente y el joven padecen en su vida diaria, y que conforman un género literario al que se llama "psicoliteratura", "literatura intrapsíquica" o "libros de familia". Lage (1991) ofrece una extensa lista de esta clase de libros, organizada por temas, que van desde los celos, el fracaso escolar, o las deficiencias físicas y psíquicas, hasta el divorcio, el lesbianismo y la homosexualidad, o las drogas y el acoso sexual.

Otra derivación de la novela juvenil actual que, por la crudeza de los temas y los tratamientos narrativos de los mismos, tienen cierto atractivo para el lector joven (no tanto para el adolescente) es el "dirty realism", surgido en la narrativa norteame-

ricana más actual. El exponente más claro en el ámbito de nuestra literatura fue la novela Historias del Kronen (A. Mañas), que constituyó un auténtico fenómeno sociológico. La identificación de los jóvenes con la cruda historia que aquí se narra, en torno a los "divertimentos" nada inocentes de la juventud actual, que se sumerge cada fin de semana en la misma aventura de "sexo, drogas y rock & roll", llegó al extremo de que se hablara (y aún se hable) de la "generación Kronen".

Sin entrar en ningún tipo de valoración, ni acerca del libro, ni del fenómeno sociológico, sí me parece oportuno volver a subrayar el grave desenfoque en que los profesores incurren cuando, ignorando los gustos espontáneos de los lectores jóvenes, insisten en recomendar en las aulas obras como El poema de Mio Cid, La Celestina, Luces de Bohemia, La familia de Pascual Duarte, Cien años de soledad, etc., de indudable calidad literaria,pero que "dicen" muy poco, o casi nada, a la gran mayoría de los jóvenes. Indudablemente, algo se puede y se debe hacer para corregir este desenfoque.

En esta misma línea de "realismo juvenil", aunque con un repertorio temático más amplio que el del "dirty realism" y con un tratamiento de los temas en el que caben la introspección psicológica, la "moderación" en el planteamiento de cuestiones más o menos escabrosas y hasta ciertas notas de humor y fantasía, la editorial Planeta está publicando la colección Novela Joven, que reúne narraciones dirigidas a los jóvenes, escritas por autores tildados de muy actuales. Lo que viene después de lo peor (F. Benítez Reyes), Yo soy, yo eres, yo es (J. Bonilla), Los fabulosos hombres película (F. Marías), Oppi (J Navarro)... son lecturas breves, sin muchas exigencias lectoras, que, por su temática y planteamiento narrativo, pueden servir para animar las lecturas de instituto .

Tampoco queremos dejar de comentar, dado el éxito de ventas, algún título que incluiríamos en la literatura juvenil de intencionalidad didáctica o escolar. Tal es el caso de El mundo de Sofía (J. Gaarder) o el de El diablo de los números (H. M. Enzensberger), si bien esta última obra se presenta con una "envoltura" más propia de la literatura infantil.

Integrando elementos muy diversos como el de la novela histórica, la novela de intriga o la de aventuras, Pérez Reverte continúa siendo el gran éxito de ventas del mercado literario nacional (y no sólo del mercado literario juvenil), con su serie en torno a las andanzas de "el Capitán Alatriste", recogidas en las tres entregas publicadas hasta hoy: El capitán Alatriste , Limpieza de sangre y El sol de Breda. Son novelas con todos los ingredientes del género juvenil (acción, aventura, violencia, intriga,...) y que persiguen, según declara el propio autor, además de "deleitar", enseñar de manera entretenida algo de la historia y de la literatura española del S.XVII a los jóvenes a quienes en las aulas se les "atragantan" los "góngoras" y los "quevedos" del Barroco.

Sin salir del todo de la literatura realista (aunque tampoco hablamos exactamente de literatura realista, sino de obras que se vertebran en torno a la realidad aunque desde ángulos muy diversos), conviene no olvidar algunos títulos que giran alrededor de determinados conflictos de adaptación social o plantean interpretaciones divergentes, a veces contraculturales, de la realidad y del papel del individuo en ese

contexto. Es una literatura que, revestida de cierta “subversión” y “malditismo”, conecta con la tendencia a la inadaptación y a la rebeldía, frecuente en el joven, y que vendría a dar respuestas, eso sí, muy variadas, a las dudas y ansiedades que de esa inadaptación pudieran derivarse. Se me ocurre que H. Hesse con obras, ciertamente nihilistas, como Bajo las ruedas o El lobo estepario, o J. Kerouac con En el camino, podrían encuadrarse en esta modalidad literaria que tuvo cierta presencia entre la juventud de los años setenta.

Ofreciendo respuestas más espirituales y metafísicas, Sidharta del ya citado H. Hesse o Don Juan de C. Castaneda, entroncan con la moda orientalista que se extiende en los sesenta y setenta por toda Europa. Curiosamente estos y otros títulos, a pesar de haber sido, hasta no hace demasiado tiempo, lecturas frecuentes entre los jóvenes, sufrieron una especie de rechazo, de ligera e imperceptible censura por parte de instancias educativas, que veían en ellos contenidos poco edificantes y hasta “contraeducativos”.

Fuera del marco de la literatura realista y, en algún caso, como contestación a este exceso de realidad, nos encontramos con la literatura fantástica, que cuenta entre los lectores jóvenes y adolescentes con una importante cantidad de lectores asiduos: los “lectores de culto”. Culto al género o a algún autor determinado. Obras como El señor de los anillos de Tolkien o La historia interminable de M. Ende pueden servirnos de ejemplo, a juzgar por el éxito obtenido entre los lectores jóvenes. La editorial Timun Mas ha publicado no hace demasiado tiempo, y también con gran éxito, la colección “Grandes Autores de la Literatura Fantástica”.

El género policíaco, la ciencia-ficción y las “ghost stories” aportan, incluso a partir de autores clásicos del género, que en principio escribieron para adultos, una amplia lista de títulos muy gratos para el lector joven. Diez negritos (A. Christie), La isla del doctor Moreau (H. G. Wells), El Doctor Jekill y Mister Hyde (R. L. Stevenson), Drácula (B. Stoker), 1984 (G. Orwell)... Todos estos géneros han tenido su translación al mundo de la literatura juvenil a partir de multitud de obras y colecciones publicadas a partir de los años ochenta. A la ya citada colección de Timun Mas, podemos añadir La Maldita (Pirene) o Enigmas y Ciencia Ficción (Altea).

No queremos terminar este rápido recorrido por el mundo de las lecturas juveniles sin decir, aunque sea en dos palabras, algo sobre la poesía y el cómic, como géneros útiles y recomendables para el lector joven.

La poesía, en contra de lo que pudiera parecer a simple vista, es un género literario perfectamente válido para los jóvenes. A pesar de ello, normalmente no se le presta la atención debida.

La expresión de la afectividad, de los sentimientos, del mundo interior, es una necesidad especialmente perentoria de la psicología adolescente, condicionada por urgentes exigencias de tipo identitario. Por otra parte, la brevedad textual que normalmente acompaña a los textos poéticos, facilita el trabajo al lector joven. A partir de aquí, podemos afirmar que la lectura de poesía ofrece grandes posibilidades, siempre y cuando la elección de autores y poemas sea la adecuada y alejemos la lectura poética de las prácticas más típicamente escolares.

Las editoriales Plaza & Janés y Mondadori han publicado hace muy poco tiempo dos colecciones de poesía, que bajo el formato del libro de bolsillo, intentan divulgar y animar a la lectura poética. La presentación de las obras y la selección de autores y textos, hacen que ambas colecciones sean más que recomendables para el lector joven.

No es éste el lugar para demorarnos en una larga reflexión sobre el cómic. Simplemente, me gustaría apuntar que es uno de los tipos de lectura que el lector joven frecuenta más asiduamente. No podemos obviar esta realidad, sino que nuestra actitud debe ser la de aprovechar esta “cómicmanía” juvenil como factor de animación lectora.

A MODO DE CONCLUSIÓN

No quisiera terminar este conjunto de reflexiones en torno a la literatura juvenil sin subrayar algunas cuestiones, por otra parte bastante obvias, que me parecen que deben tenerse en cuenta, sobre todo por todos aquellos agentes que se encuentren implicados, de una manera u otra, en el mundo de la literatura juvenil, y que, sucintamente expuestos, podrían ser los siguientes:

1. Aunque se ha avanzado en este sentido, está todavía pendiente una definición algo mejor perfilada de la literatura juvenil como género diferenciado. La discriminación entre literatura para jóvenes y literatura para adolescentes , si no nos perdemos en disquisiciones demasiado engorrosas, puede ser útil y operativa.

2. La adecuación de las creaciones literarias es especialmente pertinente cuando pensamos en un lector adolescente, pero pierde algo de sentido en el caso del lector joven. Para este último caso, proponemos capacitar, adecuar progresivamente la competencia literaria del joven a las exigencias de la literatura para adultos.

3. Parecen necesarios más análisis especializados sobre literatura juvenil, especialmente en el campo de la actual producción de libros para jóvenes. Las numerosísimas publicaciones del mercado literario juvenil actual no se acompañan del necesario “aparato crítico” que sirva para orientar la elección del lector y para establecer unos mínimos criterios de calidad.

4. Sería conveniente continuar las investigaciones sobre los hábitos, las capacidades y las apetencias lectoras del joven.

5. La institución educativa en general, pero especialmente los profesores implicados en la enseñanza de la literatura a alumnos jóvenes y adolescentes, deben iniciar una revisión a fondo de los procedimientos didácticos utilizados hasta hoy, incluidos los más novedosos.

6. Las propuestas de lecturas no pueden seguir alejándose de las preferencias lectoras espontáneas manifestadas por jóvenes y adolescentes. Si no acertamos a conectar con el gusto de los jóvenes cuando elegimos un texto determinado, si no acercamos a las aulas esa lectura juvenil espontánea, todo lo demás será perfectamente inútil.

7. Los profesores que enseñan literatura a los jóvenes deben comprometerse en el conocimiento de la literatura juvenil, de la clásica y de la actual, para renovar con conocimiento de causa el mundo de las lecturas escolares al uso, que pecan de cierto exceso "clasicista" y "academicista". No hablamos de sustituir la Literatura con mayúsculas, por literatura juvenil, sino de encontrar un punto de equilibrio entre ambas.

8. Por último, la creación de hábitos lectores y la competencia literaria del lector joven, son los dos pilares sobre los que debe asentarse el objetivo a lograr, que no es otro que el de la educación literaria del joven.

REFERENCIAS

Benítez Reyes, F. (1998). *Lo que viene después de lo peor.* Barcelona: Planeta.

Bonilla, J. (1998). *Yo soy, yo eres, yo es.* Barcelona: Planeta.

Cervera, J. (1991). *Teoría de la literatura infantil.* Bilbao: Mensajero.

Colomer, T. (1998). *La formación del lector literario.* Madrid: Sánchez Ruipérez.

Colomer, T. (1994). La adquisición de la competencia literaria. *Textos, 4,* 8-22.

Fernández, V. (1995). ¿Existe la literatura infantil?. *CLIJ, 4,* 5-33.

Gallego, V. (1999). *La Esfera; suplemento literario de El Mundo, 16,* 1-99.

Lage, J. J. (1991). La psicoliteratura o libros de familia. *CLIJ, 26*, 52-54.

Monero, V. (1985). *El deseo de leer.* Pamplona: Pamiela.

Moreno, V. (1995). Jóvenes y lectura. *CLIJ, 72,* 30-36.

Nobile, A. (1992). *Literatura infantil y juvenil.* Madrid: MEC-Morata.

Olaziregi, M. J. (1998). Los jóvenes vascos y la lectura. *CLIJ,101,* 7-12.

Rodríguez Almodóvar, A. (1995). La educación literaria en la pubertad. *CLIJ, 72,* 16-22.

Teixidor, E. (1995). Literatura juvenil: las reglas del juego. *CLIJ, 72,* 8-15.